

BOURGEY, Louis: *Observation et expérience chez Aristote*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1955.

Ocurre a menudo con los filósofos que han profesado otras materias distintas de la Filosofía que únicamente son conocidos y estudiados en relación con ésta, pese a haber alcanzado, acaso, en los otros conocimientos, una altura científica apreciable. Tal es el caso del Platón geómetra, del Descartes físico o del Aristóteles naturalista. De este último, y de esa vertiente de su obra muchas veces ignorada y no pocas voluntariamente olvidada, se ocupa el autor de la obra que comentamos. Y precisamente en el caso de Aristóteles está más justificado que en ningún otro el conocimiento de esas materias no propiamente filosóficas, porque todo el «Corpus aristotelicum» es un complejo armónico en el que, con meticulosa precisión, se relacionan los conceptos y las construcciones de los Tratados aparentemente más diversos, debido a haberse partido, en todos ellos, de idénticos principios.

La obra naturalista de Aristóteles es amplia, y en toda ella se aprecia el minucioso cuidado con que la Naturaleza se ha observado, ya por la paciente investigación personal del Estagirita ya —como más verosímelmente cree Bourgey— por el trabajo en equipo de los discípulos del Liceo. Por de pronto, nada más acorde con la doctrina aristotélica de la sanción como fuente de conocimiento que la dedicación a un saber tan ligado a la observación como la ciencia natural.

Realmente, la observación —por supuesto, metódica— de la Naturaleza es ya en sí misma una ciencia; pero Aristóteles no podía quedarse en una simple experiencia científica, en un puro saber cómo son las cosas, sino que, con la precisión que le caracteriza, quiere averiguar por qué son las cosas. De ahí que sus obras de carácter naturalista no se parecen demasiado a las de los modernos biólogos y botánicos, pues toda observación la traduce y convierte inmediatamente en un problema causal.

Así, en el tercer y último capítulo, Bourgey reproduce la clasificación zoológica realizada por Aristóteles, en la que la causa formal ha sido el eje para la construcción de la misma. Ella muestra, como dice el autor, que, aun dejando a un lado los méritos filosóficos de aquél, bastaría su extraordinario dominio de las ciencias biológicas para acreditarle como un auténtico sabio.

A. F.-GALIANO

BUTLER, Richard, O. P.: *The Mind of Santayana*. Routledge and Kegan Paul. London, 1956.

Dentro de la dirección empirista anglosajona sobresale en Norteamérica el llamado neorrealismo, una de cuyas manifestaciones, el realismo crítico, encuentra en George Santayana su más ilustre repre-

sentante (1863-1952). Sus obras principales: *Scepticism and animal Faith* y *Realms of Being*, a más de su permanencia durante meses junto a Santayana, poco antes de morir, permiten al P. Butler, O. P., autor también de unas Memorias sobre el filósofo hispanonorteamericano, presentar un valioso trabajo de conjunto que viene a enriquecer notablemente la bibliografía de una de las figuras más interesantes de la literatura y filosofía norteamericanas. El autor excluye de su análisis sistematizador del pensamiento del autor estadounidense la obra *Life of Reason* por no considerarla el propio Santayana sino como una obra no madura ni decisiva en el conjunto de su obra total de treinta volúmenes.

Lo que fundamenta toda la crítica del pensamiento de este autor es para el P. Butler la manifiesta superioridad de los valores literarios y subjetivos de su obra sobre la solidez de su contribución a la Filosofía. El contenido del libro abarca los fundamentos, la exposición y el examen crítico. Tanto en el prefacio como en el epílogo el autor pone de relieve los vínculos de personal amistad que le unieron al escritor, así como su admiración literaria hacia él. Sobre un repertorio de citas de obras de Santayana, elegidas con verdadero acierto en orden al desenvolvimiento de su crítica, encabeza la parte primera del libro con una declaración de S., en la que vincula el pensamiento filosófico, en cuanto experiencia espiritual, con las propias disposiciones y los problemas particulares de cada filósofo, de manera que la obra filosófica es la expresión de las soluciones dadas a tales problemas. Tal declaración pone desde un principio el pensamiento de S. al margen de todo propósito objetivo o de toda integración en una filosofía de pretensión perenne. Sobre la influencia del temperamento en la filosofía moderna, aceptada por S. con base de William James, de quien pudo recibir algún influjo a este respecto, escribe B. una nota introductoria en comparación con la tradición objetivista griega y medieval hasta Descartes, con quien se inicia la presencia del temperamento como acusadamente matizador de la obra filosófica. El egotismo filosófico puede apreciarse luego en Kant y en gran número de filósofos posteriores. S., discípulo de James, elabora, pues, una filosofía introspectiva con un propósito pragmático de resolución de propios problemas espirituales. Por esto comienza B. por examinar la biografía como causa de su personal dirección filosófica o al menos como principal concausa.

Nacido en Madrid, S. vive luego en Boston y acaba por dominar magistralmente la lengua inglesa. Su padre le trasmite su admiración por la eficiencia inglesa y la tendencia a despreciar toda especulación en favor del hecho inmediato. Muy joven todavía, Lucrecio es su poeta preferido, predilección literaria y filosófica de decisiva importancia en la elaboración de su pesimismo materialista. Huellas del romanticismo literario se aprecian en sus primeros versos. Su amor a la soledad y al estudio lo explica B. como determinado por su desajuste biográfico en bastante medida: su nacimiento en España, su emigración a América, sus regresos a Avila, junto a su padre, sus

estudios en Europa, su decepción de la filosofía alemana en Berlín, su prolongada estancia en Inglaterra, después de su salida de la Universidad de Harvard... El catolicismo —y ésta es otra idea central del libro— no fué abrazado filosóficamente por S. ni al final de su vida. Aunque sentimentalmente estuvo cerca del catolicismo su idea de que los Evangelios y Sagradas Escrituras fueron producto de la inspiración poética del hombre le impidió profesarlo. Esta idea fué el corolario de su teoría general de la religión como intervención de la poesía en la vida (pág. 191). En sus años de profesor en Harvard entendió la filosofía como historia literaria del pensamiento que puede sólo ser comunicada con ser evocada (pág. 21). Partidario de la educación humanística, no se avino con la especialización predominante en América. Los valores estéticos y la facultad imaginativa tienen, pues, un importante papel en su vida y obra.

B. considera a S. filósofo ecléctico de difícil precisión en cuanto a fuentes. No obstante, señala como principales a Spinoza, en cierto modo a Hegel, a James y Royce, sus maestros, y, sobre todo, a Lucrecio. Entre los griegos, a Demócrito y a Platón. Descartes, Kant y Bergson pudieron acentuar en él su escepticismo materialista, valga la expresión. En cuanto que Schopenhauer refleja a Lucrecio y a Spinoza, también puede señalársele como fuente de S. La Escolástica de Santo Tomás es admirada por S., pero considerada al margen de sus caminos filosóficos, incompatibles con la disputa, las pruebas y contrapruebas, lo que para B. le sitúa en la posición de un antiintelectual paradójicamente filosófico (pág. 39).

La noción de esencia es lo más característico del pensamiento de S. Surgió con motivo de la controversia epistemológica neorrealista crítica. La reacción neorrealista anglosajona contra toda reviviscencia del idealismo germánico coincide, a no dudarlo, con el momento de mayor plenitud del pensamiento norteamericano, no lograda anteriormente. El cientifismo, especialismo, realismo existencial subsistencial y presentativo, notas de este movimiento epistemológico, son subrayadas por B. al presentar el cuadro filosófico en el que apareció el concepto de esencia de S. Su noción de esencia intuída, con su reducción del conocimiento de los objetos extramentales a fe animal, constituye el núcleo ideológico de su obra. Esencia es el eterno carácter de todo dato de conciencia.

Nociones básicas en la filosofía de S. son para B. la exploración animal y la fantasía. La filosofía no es ciencia, sino un balance de pensamiento y temperamento, en el que todas las ciencias compondrían una representación lo más verdadera posible de la naturaleza y de la naturaleza humana (pág. 56). Pero el negador de la universalidad de la filosofía no consigue expresar en una definición precisa qué sea razón, no obstante, dedicar cinco tomos a la biología histórica de la razón. A lo más aparece definida como interpretación consciente de la naturaleza y sus fenómenos físicos o ideales. En *Scepticism and Animal Faith* establece su método, descubre la esencia en la intuición y reduce todo el conocimiento al hecho de fe, todas las

definiciones y términos a símbolos y todo argumento a dialéctica arbitraria (pág. 59).

El concepto de esencia en S. se asemeja al de «objeto eterno» de Whitehead y tiene algún punto de contacto con la fenomenología de Husserl, y con la interpretación de la filosofía india dada por Guenon.

El descubrimiento del concepto se realiza por varios caminos: dialéctica y experiencia estética sobre todo. El hecho de que las ideas se conviertan en creencias con vistas a la urgencia del actuar ayuda a comprender la noción de esencia. Envuelve esto escepticismo metafísico, pero este escepticismo es una disciplina purificadora del pensamiento y libra de toda decepción o desilusión, de todo desencanto. S., sin embargo, eligió esto y no el catolicismo: únicas formas de resolución del problema filosófico en cuanto personal. El escepticismo tiene que someter su virginal escepticismo al hecho brutal de la existencia o intuición de esencias, de manera que la realidad es sólo interna. La noción de esencia aparecía en *Essays in Critical Realism*, en 1920, como todo posible término en el discurso mental. Notas: la identidad, la individualidad, infinitud, eternidad. Las esencias no son entes posibles, imágenes, formas, abstracciones, sensaciones o pensamientos, cualidades intrínsecas de las cosas. Pueden ser incorporadas en la materia y dadas en la intuición, que es todo acto de atención que ocurre aquí y ahora por el que se actualiza alguna esencia. B. define la esencia en S. como quiddidad de cualesquiera ser sin referencia a ningún estado posible o actual, ontológico o lógico, físico o ideal, conceptual o eventual, simple o complejo (pág. 87). Continúa su exposición ocupándose de otros aspectos de la filosofía de S. en relación con la noción principal de esencia: la materia como única sustancia, el dualismo cosas-esencias en relación con la verdad pragmática, la trinidad de la naturaleza: materia, esencia y espíritu y la significación religiosa y moral de las esencias...

Para B. la frondosidad literaria de S. dificulta el descubrimiento crítico del fondo de su pensamiento. «My system is no system of universe», decía el escritor americano. La influencia de Hume puede advertirse en su escepticismo. Es otra de sus fuentes indirectas. Rechaza los primeros principios en cuanto al método, pero B. le opone el argumento clásico contra el escepticismo, es decir, el del dogmatismo de todo escepticismo. Con base en Santo Tomás rechaza también su criticismo trascendental porque separa artificialmente el término natural del conocimiento. El considerar la existencia aparte de la esencia realmente, que es otro de los errores de S. a juicio de B., subraya su herencia platónica al truncar el ser y negar la abstracción de las esencias, antes bien afirmar su absoluta inmanencia. El esencialismo lírico y trascendental de S. se resume en que no hay verdades necesarias, sino sólo consistencias lógicas, ya que la verdad describe la existencia contingente y es contingente. B. dice, sin embargo: «Lo que existe es lo que es mientras existe y, por tanto, la verdad. Con base en Cayetano refuta silogísticamente el logicismo gratuito de S.

Finalmente, insiste en la censura del idealismo y pragmatismo del

autor. «La función espiritual en S. —concluye— es estética y esotérica, pero la verdadera sabiduría está fundada en la existencia real. Además, el naturalismo no está explicado en S., como él mismo confesó antes de morir, lo que no impidió que creyera en él como un poeta primitivo. en sus fábulas y la confusión de su vida y de su formación dió por resultado esta obra suya confusa, original y tan literariamente valiosa.»

ENRIQUE SOBEJANO ESTEVE

CALLOT, Emile: *Problèmes du cartésianisme. Dèscartes, Malebranche, Spinoza*. Gardet Ed. Annecy, 1956.

Se trata de una obra nacida del contacto directo con los textos y su reiterada meditación. Este quehacer ha ido planteando problemas interpretativos, históricos, sistemáticos, de irradiación, etc., al autor, que ha creído útil hacerlos llegar a los demás, ya que pueden —y en muchos casos tienen— que presentársele también a cualquier lector atento e interesado. El tema nuclear es Dèscartes, como el título nos hace suponer, pero el intento de aclaración se extiende también a los pensamientos de Malebranche y Spinoza.

El propósito inicial obliga a Callot a plantearse este problema general introductorio: «¿En qué orden tiene que exponerse un sistema filosófico?» Para contestarlo acude al comentario de uno de los grandes intérpretes clásicos del cartesianismo: Hamelin. El método empleado por éste le parece que se vuelca en exceso hacia la reconstrucción de un «sistema», a cuya estructuración pretende someter los hechos. Es el programa —comenta— de un filósofo, no el de un historiador que piensa un sistema. Si nos situamos con él —prescindiendo de las graves dificultades que esta posición entraña— en el plano del «historiador» pronto aparecerán en Dèscartes dos etapas muy distintas: la metódica y la metafísica. Determinado ya su punto de vista al respecto, se lanzará al estudio de tres puntos claves y al par llenos de dificultades y matices, dentro de la filosofía cartesiana: las diversas formas de la intuición cartesiana. Sentido y contenido del *cogito* cartesiano. Nota crítica sobre el *cogito* y las pruebas de Dios.

El primer tema encarna ya, incluso en su planteamiento más externo, un aspecto paradójico. Siendo como es un tema clave en el cartesianismo, resulta que se encuentra muy pocas veces aludido directamente, y estas alusiones resultan a veces contradictorias. Ha sido ésta la razón de su elección. El segundo es el tema central del pensamiento cartesiano. El examen de su sentido, de su extensión, y el análisis de cada una de sus partes, se imponen sin más al que se enfrenta con Dèscartes, y le presionan a una interpretación conexas con todo el sistema. En esta conexión adquieren relieve las pruebas de la existencia de Dios.

Desde el pensamiento teológico cartesiano se pasa necesariamente